



Yo soy Bonifacio en cien leguas á la redonda. Mi madre me parió en medio de la calle, cascando con las comadres. Tengo como todos tenemos, alma y cuerpo, con la diferencia que mi alma no es de cantaro ni mi cuerpo de algodón en rama. Algo más duro soy que los hombres que hoy se estilan Viejo y chocho, rondando como estoy la sepultura, todavía luchó á fuerzas con un toro; de un trompazo derribo una casa; si atrempujo y meto con bríos, tumbo patas arriba una muralla. ¡No son así las maderas de bogañío! Hablo á la pata llana, en castellano claro, como lo mamé de mi madre. Salgo los domingos á verme cara á cara con los canallas, á dejar en cueros á los ladrones, á cortar la lengua á los charlatanes, á moier las espaldas á los bergantes.



Decía mi madre, que mae Raimunda era una grandísima bribona. Vendía sauguijuelas y confeccionaba aguas para teñirse las canas y pomadas, jaboncillos y ungüentos para blanquearse la cara, ponerse lunares, estirarse los ojos y tiznarse las cejas. Echaba además las cartas, adivinaba las cosas ocultas, tenía gracia para curar la ictericia negra, y con patas de alacran, aceite de ratones, hojas de maro y sebo de culebras preparaba los famosos bebedizos para amar. Con estos embustes y patrañas engatusaba á las gentes, volvía locas á las novias, desplumaba vivos á los hobarronzos. Murió mae Raimunda de un dolor miserere, dando alaridos. Dejó cuatro baúles atestados de ropa blanca, un corral de gallinas, dos marranos y un talego de vara y media con muchas peluconas.

Famosísima carta que escribió Bonifacio, hará la friolera de veinte años, á un doctor en medicina, médico de la beneficencia. La saca ahora á luz para dar matraca á los médicos, consuelo á los pobres y alegría á los enfermos.

DOCTOR EN MEDICINA

Muy señor de otro, enemigo mío: Tras días con tres noches llevo sin probar bocado, escribiendo esta carta. La he sacado como Dios me ha dado á entender. Ahí la lleva; leala V. de cabo á rabo.

¿Creo V. medicastro, que por que estubo en una Universidad siete ó ocho años y luego vino con un título aparatoso y rumbástico, más ruido que nueces, nos hemos quedado todos patéticos, mudos, con el corazón en los pies? No sea V. badoque y tenga cacumen.

No, doctorcito, no me cueula á mí eso de «Pulano es hombre de carrera y tiene que saber». Por que entre ciento ó mil que estudian, cada uno hijo de su madre, hay de todo como en botica, bueno y malo, más ruido que bueno. Entre cincuenta apuesto con V. que no desvelan cinco menos de la mitad son medianías y los demás curas á la izquierda. Vádem el río como pueden: unas á nado, otros cargados de calabazas, la mayoría con calabazas aferrados de billetes y cartas de recomendación. El caso es ganar la orilla como se pueda aunque después parezca medio mundo y el otro medio se ponga á pique de perder.

Yo no me quiero meter en las interioridades de su casa, ni de su persona, que nunca he sido oliscón, ni me gusta mirar por el ojo de la llave como hacen las alcahuetas. Lo de V. á la vista está, á flor de tierra como quien dice. V. no ha vuelto á ver los libros—si antes los vió que lo pongo en cuarentena, desde el día que lo figuraron doctor. Si miento hágamele V. bueno.

Pero no es esto lo peor. Reza V. como médico de la beneficencia, conviene á saber: de los pobres, de los que no tienen cuartos para pagar al galeno. Yo vivo ya treinta años en el barrio y puedo contar con los dedos las veces que he visto á V. por estos andurriales. Y no es dicho mío, ni que yo lo saque de mi cabeza ó levante á V. falso testimonio. Ahí están los vecinos: pregunta V. desde el más chico hasta el más grande, vaya con el pebete á Blas ó de la señá Anica que tiene á V. atargantador por que dice que hace dos meses que está empujando á V. con cartas para que venga á sajarle un grano y V. se hace el sordo ó le entra por un ojo y le sale por el otro.

Después de todo para que queremos ver á V. esa cara de turco, esos bigotes de ginto esas narices de perca? Mantengase V. jugando al billar ó al taro que no nos hace malidita la falta. Aquí Reza V. siempre tarde y con daño. Entra V. en las casas orejeando, oísa ó no palta al paciente, le receta aguas turbias y sale V. con el hocico hinchado á la calle: esto cuando no dice V. que le saquen el enfermo á la puerta por que V. no se mete en pocilgas.

¡Bien que se mete de hoz y de coz casa de los ricos, y anda allí bailádoles el agua, ponéndoles cara de pascua, haciéndoles garatusas y melindres, quitándoles las hilachas! ¡Bien que registra, tiente y seba V. al enfermo y se despepita por que no le falte ni leche de hornigas!

Todo por su cuenta y razón: por las tres mil ó cuatro mil pesetejas; por los jamones que le mandan á V. en pascua; por el azafate de dulces y el pavo que le regalau el día de su santo. Las caras de vinagre, los desaires, los bufidos son para los pobres que como nada tienen, nada pueden dar.

Y vamos al grano.—¿V. es Dios? Pues siendo hombre de barro que de un cañazo se desmorona como cocera V. desde su casa sin conocer al enfermo ni siquiera de vista?

La villanía de recetar desde su casa sin ver al enfermo; el venir, cuando viene, de prisa y corriendo no habrán sido parte para la muerte de muchos?

Frente á frente, sin rodeos no mató V. á mi hija que está en gloria? Abrasándose estaba de calentura. Hame á V. y no vino: fui yo mismo á su casa y V. me dijo campechanamente: «eso es un resfriadillo, que suede y la purgas». De mala armada vendría el resfriado cuando á las tres horas entregaba su alma á Dios. Al nieto de José Patillas que tenía lombrices, lo hizo V. un chicharón con tantos botones de fuego. La tia Frasquita murió ahogada en un mar de jarabes, cuando á la pobre la atravesaba un dolor de costado—Dejó V. ciega á mi mujer á fuerza de colirios y á mi padre le cortaron la pierna por su cachaza de V., por no acudir á su debido tiempo.

Matasanos, ¿se ha hecho V. médico para dar garrrpé á los pobres? Ya las pagará V. todas juntas que hay un Dios y hay otra vida ¿ó piensa V. que se va á quedar aquí para simienta de niédcios? No sea V. mameluco: su día le llegará: cargarán los demonios con su alma y se la llevarán en volandas y el cuerpo quedará aquí, metido en un nicho ¡qué conilona van á tener los gusanos y sabandijas! por que ¡qué gordísimo y qué mochilón se va V. poniendo!

Más me queda por decir; pero bastante hay ya: si V. no procura mudar de vida; si no tiene V. más caridad y más crianza para tratar á los pobres, se levantará el barrio y yo á la cabeza, esperaremos á V. en la puerta del teatro, y cuando salga le sacudiremos el polvo, le quitaremos la ropa y en cueros vivos, como su madre lo echó al mundo, lo mandaremos á su casa de un puntapié que se lo dará yo.

Puede V. hacer lo que le convenga.

Su enemigo,

Bonifacio



El padre Juan, el abuelo de mi padre, tenía una escuela de cateo en el Barrio Alto. Allí ensañaba á leer, á escribir y á contar á los hijos de los pobres. Era teniente de una parroquia y sacaba almes tres duros mal contados, menos que un basurero. Tomaba el dinero con una mano y con la otra lo repartía: tratata raras á un baldado para que pagase la casa; más de cinco duros en alpargatas, blusas y calzones para los chiquillos de la escuela. Mi tío Juan se trataba á la baqueta y ni camisa tenía. Vio la revolución y un criminal se acercó al pobre viejo en medio de la calle, y trincándole de la sotana, le quitó brutalmente los cuaras tenéis la culpa de todo y ahora me la vas á pagar. Le dió un puñetazo en el pecho, le trío al suelo y con una faea le hizo trizas el corazón.



Mi abuelo, por parte de madre, era hombre á la antigua española: católico á macha martillo, trabajador, valiente. Pue rapabarbas, cohetero y peón de albañil. El año ocho, cuando la guerra de la Independencia, mató cuerpo á cuerpo á diez frauchutes y á puros palos dejó hechos pulpos á más de veinte. Mi abuelo perdía los estribos cuando hablaba de los gabachos: los llamaba mandrias, borrachos, cobardes, ladrones. Trinaba y echaba tacos cuando sacaba á relucir la infamia de aquel general francés, gran cobardón, hijo de mala madre, que mandó fusilar á Manuela Malasafia, moicita de quince años, de oficio bordadora, porque traía, colgadas de una cinta, unas tijeras. Mi abuelo era madrileño, del pueblo bajo, un chispero.